

Sermón Acerca Del Dignísimo Sacramento Del Santo Y Verdadero Cuerpo De Cristo Y Las Cofradías

Doctor Martín Lutero, agustino

1. El santo sacramento del altar y del santo y verdadero cuerpo de Cristo tiene también tres cosas que uno debe conocer. La primera es el sacramento o signo; la segunda, la significación de este sacramento; la tercera, la fe en ambos. En todo sacramento, pues, debe haber estas tres partes. El sacramento ha de ser exterior y visible en forma o especie física. El significado debe ser interior y espiritual en el espíritu del hombre. La fe ha de unir los dos para utilidad y uso.

2. El sacramento o signo exterior consiste en la forma o especie del pan y vino, tal como el bautismo consta del agua, pero de modo que uno usa del pan y del vino comiéndolo y bebiéndolo tal como se hace uso del agua bautismal por medio de la inmersión o de la aspersion. En efecto, el sacramento o signo debe recibirse o por lo menos anhelarse si ha de ser útil, aunque actualmente no se le dé al pueblo todos los días bajo ambas especies como en tiempos anteriores. No es menester tampoco, ya que los sacerdotes usan de ellas todos los días delante del pueblo. Basta con que el pueblo ansie el sacramento y a su tiempo lo reciba bajo una especie en cuanto la iglesia cristiana lo ordena y da.

3. Mas considero bueno que la iglesia, en un concilio universal, vuelva a ordenar que se dé el sacramento bajo ambas especies a todos los hombres como a los sacerdotes, no porque una especie no fuera suficiente, puesto que con la sola ansia de la fe basta. Así dice San Agustín¹: "¿Para qué preparas la barriga y los dientes? Simplemente ten fe y ya habrás tomado el sacramento". Empero sería conveniente y hermoso que la especie y forma o signo del sacramento no se diesen parcialmente en fracciones sino íntegramente. En este sentido dije del bautismo que sería más adecuado sumergir en el agua que no rociar con ella para aplicar la totalidad y plenitud del signo, puesto que este sacramento significa una unión completa y una indivisa comunión de los santos (como más adelante oiremos), la cual se indica mal e inadecuadamente con una parte o porción del sacramento. Además no hay tanto peligro con el cáliz como se opina, porque pocas veces el pueblo usa este sacramento. Principalmente Cristo, que bien conocía todos los peligros futuros, quiso, no obstante, instituir ambas especies para que todos sus cristianos las usaran.

4. El significado o la obra de este sacramento es la comunión da todos los santos. Por ello, es llamado también por su nombre común: synaxis o communio, es decir comunión, y communicare en latín significa recibir esta comunión, lo cual en lengua vernácula llamamos tomar el sacramento. La causa es que Cristo forma con todos los santos un cuerpo espiritual², tal como la población de una ciudad configura una comunidad y un cuerpo, y cada ciudadano es miembro del otro y de toda la ciudad. Del mismo modo todos los santos son miembros de Cristo y de la iglesia, formando ésta una eterna ciudad espiritual de Dios³. Quien es aceptado en esta

¹ Agustín, Sermón 112, cap. 5.

² Ro. 12:5; 1 Co.-12:12.

³ Ap. 3:12; 21:2.

ciudad es recibido en la comunión de los santos y unido al cuerpo espiritual de Cristo y hecho miembro de él. Por otra parte, excommunicare significa apartar de la comunidad y separar un miembro de este cuerpo, lo cual en lengua vernácula se llama excomulgar, pero con distinciones, como expondré en el siguiente sermón acerca de la excomunión.

En consecuencia, este sacramento recibido en pan y vino, no significa otra cosa que recibir un signo cierto de esa comunión y la incorporación en Cristo y todos los santos. Es como dar a un ciudadano un comprobante, un documento o algún otro certificado para que tenga la seguridad de que será ciudadano de la ciudad y miembro de esta misma comunidad. En este sentido dice San Pablo en 1ª Co. 10: "Todos somos un pan y un cuerpo los que participamos de un pan y una copa".

5. Esta comunión consiste en el hecho de que (al que recibe el sacramento) se le comunican y comparte todos los bienes espirituales de Cristo y de sus santos. Por otro lado, comparte también todos los sufrimientos y pecados. De esta manera se enciende el amor mutuo y se une amor con amor. Y para no salir de esta comparación burda y sensual: Así en una ciudad todo ciudadano llega a ser partícipe del nombre, de la honra, de la libertad, del comercio, de los usos y de las costumbres, del auxilio y del apoyo, de la protección, etc., de esa misma ciudad. Por el otro lado, comparte todos los peligros: incendios, inundaciones, enemigos, pestes, daños, contribuciones, etc. Quien quiera disfrutar debe pagar también y retribuir amor por amor. Ahí se ve que quien hace mal a un ciudadano inflige un daño a toda la ciudad y a todos los habitantes. Quien le hace un bien a uno será acreedor al favor y al agradecimiento de todos. Lo mismo sucede también en el cuerpo humano, como dice San Pablo en 1ª Co. 12 al explicar espiritualmente este sacramento. "Los miembros se interesan los unos por los otros y notamos que cuando uno padece, todos los demás se conmueven de él; y cuando le va bien, todos unánimemente gozan con él". Cuando a alguno le duele el pie, aunque se trate del dedo más pequeño, el ojo mira por él, los dedos lo tocan, la frente se arruga y todo el cuerpo se inclina hacia él; todos se ocupan del pequeño miembro. En cambio, cuando se lo atiende bien, les agrada a todos los miembros. El que quiere comprender este sacramento debe fijarse en esta comparación, puesto que las Escrituras lo usan por causa de la gente sencilla.

6. En consecuencia, en este sacramento, por parte de Dios mismo y por medio del sacerdote, se le da al hombre un signo cierto de que estará unido de ese modo con Cristo y con sus santos y de que todas las cosas les serán comunes. El sufrimiento y la vida de Cristo le pertenecerán como asimismo la vida y el padecimiento de todos los santos, de manera que si alguien le hace un mal, lo inflige a Cristo y a todos los santos, como dice el Señor por boca del profeta⁴: "El que os toca, toca la niña de mis ojos". Por otra parte, quien lo beneficia favorece a Cristo y a todos sus santos, como dice Mateo 25: "Lo que hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis". En cambio, el hombre también ha de tener parte en todas las penurias e infortunios de Cristo y de sus santos y debe, con ellos, contribuir y disfrutar. Estos dos puntos los consideraremos más detenidamente.

7. Lo que nos hace mal no es un solo adversario. Primero, es el resto del pecado remanente en la carne después del bautismo, la inclinación a la ira, al odio, a la soberbia e impudicia, etc., que nos tienta mientras vivimos. En este caso no sólo necesitamos de la ayuda de la comunidad y de Cristo para que lo repelan con nosotros, sino también es menester que Cristo y sus santos intercedan por nosotros ante Dios para que no se nos impute el pecado según el severo juicio da Dios. Por ello, con el fin de fortalecernos y animarnos contra los mismos pecados, Dios nos da este sacramento como si dijera: "Mira, te acomete toda clase de pecados. Toma este signo

⁴ Zac. 2: 8.

por el cual te aseguro que el pecado no sólo a ti te arremete sino también a mi Hijo Cristo y a todos sus santos en el cielo y en la tierra. Por ello está tranquilo y confiado, puesto que no estás luchando solo, sino que te protege gran auxilio y ayuda".

En este sentido dice el rey David⁵: "El pan sustenta el corazón del hombre". Y también las Escrituras atribuyen, en otros pasajes, a este sacramento el poder del fortalecimiento, como indica Hechos 9 de San Pablo⁶: "Fue bautizado y como comió, fue confortado". Segundo, nos asalta el espíritu maligno sin cesar con muchos pecados y adversidades. Tercero, está el mundo lleno de maldades que nos irritan y nos persiguen, lo cual no es bueno bajo ningún aspecto. Por último, nos ataca nuestra propia mala conciencia a causa de los pecados cometidos. Lo mismo ocurre con el temor a la muerte y las penas del infierno. Todo ello nos fatiga y nos debilita a no ser que busquemos fortaleza y la tengamos en esa comunión.

8. Si alguien desespera, si lo debilita la conciencia de los pecados cometidos o lo asusta la muerte, o si alguna otra carga oprime su corazón y quiere librarse de ella, se acercará confiado al sacramento del altar y descargará su pena en la comunidad y buscará auxilio en la plenitud del cuerpo espiritual. Del mismo modo, cuando un ciudadano sufre un daño o una desgracia en el campo por parte de sus enemigos, lo denunciará a los concejales y los conciudadanos y pedirá auxilio. Por ello, en este sacramento se nos ha concedido la inmensa gracia y misericordia de Dios para que depongamos toda la miseria y tentación nuestras en la comunidad y ante todo en Cristo. Y el hombre alegremente se confortará, se consolará y dirá: "Si soy pecador, si he caído, si me sobreviene esta o aquella desgracia, iré al sacramento y tomaré de Dios un signo de que la justicia de Cristo, su vida y su padecimiento, me defienden, con todos los ángeles y los bienaventurados en el cielo, y con los piadosos en la tierra. Si tengo que morir, no estaré solo en la muerte; si padezco, ellos sufren conmigo. Toda mi desdicha se volvió común con Cristo y los santos, puesto que tengo un signo cierto de que me aman". Mira, éste es el fruto y uso de ese sacramento. Por ello el corazón se pondrá alegre y fuerte.

9. En consecuencia, si has disfrutado de este sacramento y quieres tomarlo, también por tu parte debes llevar las desgracias de la comunidad, como queda dicho. Mas: ¿Cuáles son? Cristo en el cielo y los ángeles con los santos no sufren desdicha alguna, sino cuando se les inflige un daño a la verdad y a la palabra de Dios. Hasta (como dije) les atañe todo sufrimiento y amor de todos los santos de la tierra. Por ello, tu corazón ha de entregarse al amor y aprender que este sacramento es un sacramento de amor; y como has recibido amor y auxilio, por tu parte, debes prestar amor y ayudar a Cristo en sus indigentes. Pues en este caso has de sufrir por todo agravio que se le infiere a Cristo en su santa Palabra; por toda miseria de la cristiandad; por todas las injusticias de los inocentes, de todo lo cual hay superabundancia en todos los lugares del mundo. En tal oportunidad te opondrás, procederás, rogarás y cuando ya no puedas más, tendrás compasión cordial. Mira, esto significa soportar por nuestra parte las desgracias y adversidades de Cristo y de sus santos. Ahí se cumple la palabra de Pablo⁷: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo". Mira, de esta manera tú sostendrás a todos; ellos, a su vez, te sostendrán a ti y todas las cosas serán comunes, las buenas y las malas. En este caso, todas las cosas resultan llevaderas y el espíritu maligno no puede mantenerse frente a la congregación. Cristo, al instituir el sacramento, dijo: "Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado; esto es mi sangre que por vosotros es derramada; y todas las veces que lo hicierais acordaos de mí". Es como si dijera: "Yo soy la cabeza; yo seré el primero que se da por vosotros; yo participo de

⁵ Sal. 104: 35.

⁶ Hch. 9: 19.

⁷ Gá. 6: 2.

vuestros padecimientos y desgracias y los llevo por vosotros a fin de que también vosotros, por vuestra parte, hagáis lo mismo conmigo y entre vosotros, y que toda carga sea común en mí y conmigo. Y os dejo este sacramento de todo eso como signo seguro de que no me olvidéis, sino que os ejercitéis diariamente en ello y os exhortéis recordando qué he hecho por vosotros y estoy haciendo aún. Así os confortaréis y también uno sostendrá de esta manera al otro".

10. Ésta es también una de las causas y la primera, por la cual este sacramento se usa muchas veces, mientras que el bautismo se aplica una sola vez. El bautismo es, pues, el comienzo de una nueva vida y la entrada en ella. En esa nueva vida hay abundancia de adversidades y tropiezos con pecados y padecimientos ajenos y propios. Ahí está el diablo, el mundo, la propia carne y conciencia, como dijimos. No dejan de perseguirnos y acosarnos incesantemente. Por ello necesitamos la fortaleza, el auxilio y la ayuda de Cristo y de sus santos que se nos promete en el sacramento como un signo cierto, por el cual quedamos unidos con ellos e incorporados, y deponemos toda nuestra pena en la comunidad.

Por ello acontece también que este santo sacramento no sirve o es de poca utilidad para los que no sufren desgracia o no experimentan angustia o no sienten su desdicha, puesto que se dio sólo para aquellos que necesitan de consolación y fortaleza; que tienen un corazón tímido y una conciencia aterrada; que sufren por la tentación de los pecados o también han incurrido en ellos. ¿Para qué servirá a los espíritus libres y seguros que no lo necesitan ni desean? De esto habla la madre de Dios⁸: "Él sacia solamente a los hambrientos y consuela a los angustiados".

11. Por consiguiente, para que los discípulos llegasen a ser dignos y aptos para este sacramento, los entristeció previamente anunciando su despedida y muerte, por lo cual sintieron pena y congoja. Además, los asustó fuertemente diciendo que uno de ellos lo traicionaría⁹. Por cuanto estaban colmados de aflicción y angustia y acongojados por el dolor y el pecado de la traición, eran dignos; y dándoles su santo cuerpo volvió a fortalecerlos. Con eso nos enseña que este sacramento es fuerza y consuelo para los afligidos y los angustiados por los pecados y los temores. De esto dice también San Agustín: "Esta comida sólo busca un alma hambrienta y no huye a nada tanto como a un alma harta y satisfecha que no necesita de ella". De esta manera los judíos tuvieron que comer el cordero de Pascuas¹⁰ con hierbas amargas¹¹, apresurados y de pie, lo cual significa también que este sacramento requiere almas ávidas, indigentes y afligidas. Quien quiere y debe participar de la desgracia de Cristo y de todos los cristianos; quien apoya la verdad y se opone a la injusticia y está dispuesto llevar la pena de los inocentes y el dolor de todos los cristianos, encontrará bastante desdicha y adversidad, sin contar las acometidas; diarias por parte de la naturaleza mala, del mundo, del diablo y del pecado. Y es también el designio y la voluntad de Dios que nos persigue y acosa con tantos perros y en todas partes nos prepara hierbas amargas para que apetezcamos esta confortación y nos regocijemos del santo sacramento a fin de ser dignos de él, es decir, ansiosos.

12. Por ello Cristo quiere también que usemos el sacramento con frecuencia para qué lo recordemos y según su ejemplo nos ejercitemos en tal comunión. Porque donde el ejemplo ya no se expone más, pronto también se pierde la comunión, como por desgracia ahora vemos que se van celebrando muchas misas y, no obstante, se pierde totalmente la comunión cristiana que debería predicarse, ejercitarse y exponerse en el ejemplo de Cristo. Esto llega al extremo de que casi no sepamos para qué sirve este sacramento ni cómo hemos de usarlo. Hasta, por desgracia,

⁸ Cf. Lc. 1: 53.

⁹ Mt. 26:21 y sig.

¹⁰ Ex. 12: 3 y sig.

¹¹ Ex. 12; 8,11.

las misas destruyen a menudo la comunión y lo pervierten todo. Es por culpa de los predicadores que no predicán el evangelio ni los sacramentos, sino sus inventos humanos de toda clase de obras y los modos de llevar una vida buena. Mas en tiempos anteriores se usaba este sacramento tan bien y se le enseñaba al pueblo la comunión de un modo tan perfecto que juntaban también la vianda exterior y los bienes llevándolos a la iglesia y allí los repartían entre los indigentes, como escribe Pablo en 1ª Co. 11. De ello se ha conservado la palabra *collecta* en la misa, es decir, una colecta común como cuando entre todos se reúne dinero para darlo a los pobres. En aquel tiempo hubo también tantos mártires y santos.

En esa época había menos misas y mucha fuerza y fruto de ellas. Entonces un cristiano se preocupaba por el otro; uno ayudaba al prójimo y le tenía compasión; uno llevaba la carga y la desgracia del prójimo. Todo eso se ha desvanecido ahora y tan sólo quedan muchas misas y muchos reciben este sacramento sin entender su significado y sin practicarlo.

13. Resulta fácil encontrar personas que con gusto quieren disfrutar, pero no contribuir; o sea que complacidos se enteran de que en este sacramento se les promete y concede la ayuda común y el auxilio de todos los santos. Mas ellos, a su vez, no quieren participar; no están dispuestos a ayudar al pobre, a tolerar a los pecadores, a proveer a los desafortunados, a sufrir con los dolientes, a rogar por los demás. Tampoco apoyarán la verdad; no buscarán el mejoramiento de la iglesia y de todos los cristianos con cuerpo, bienes y honra. Temen el mundo y que tengan que sufrir: desfavor, daño, deshonor o la "muerte. Empero Dios quiere que ellos, a causa de la verdad y del prójimo, se vean impelidos al anhelo de una gracia tan grande y a la confortación de este sacramento. Son egoístas a los cuales este sacramento no es útil, como es insoportable el ciudadano que pretende ser ayudado, protegido y liberado por la comunidad, mas por su parte no ayuda a ella ni le sirve. No: debemos volver a hacer nuestro el infortunio de los demás, si deseamos que Cristo y sus santos hagan suyos nuestros males. Así la comunión llega a la plenitud y da respuesta a las demandas del sacramento. Empero, cuando el amor no se acrecienta día tras día y transforma al hombre de manera que se haga común de todos, allí no hay fruto ni significado de este sacramento.

14. Para señalar semejante comunión, Dios instituyó también tales signos de este sacramento que en todas partes se adecúan a ese fin y con sus formas nos incitan y nos impelen a tal comunión. De muchos granos molidos se hace el pan y los cuerpos de muchos granos se transforman en el cuerpo de un solo pan. En él cada grano pierde su cuerpo y su forma y adquiere el cuerpo común del pan. Lo mismo también las uvas, con pérdida de su forma, llegan a ser el cuerpo de un común vino y bebida. En la misma situación debemos estar —y también estamos— cuando hacemos un recto uso de este sacramento. Cristo con todos sus santos, por su amor toma nuestra forma y lucha con nosotros contra el pecado, la muerte y todo mal. Por ello, encendidos en amor, tomamos su forma y confiamos en su justicia, su vida y su bienaventuranza. De este modo, por la comunión de sus bienes y de nuestra desdicha formamos un pastel, un pan, un cuerpo, una bebida, y todo es común. "¡Oh, éste es un sacramento grande!", dice San Pablo¹². Cristo y la iglesia son una carne y un cuerpo. Por otra parte, a causa del mismo amor también nosotros hemos de transformarnos y hacer nuestros los defectos de todos los cristianos y tomar sobre nosotros su forma y sus necesidades y darles participación en cuanto de bueno seamos capaces, a fin de que ellos disfruten de ello. Ésta es la verdadera comunión y el verdadero significado de este sacramento. De ese modo nos transmutamos los unos en los otros y nos tornamos comunes por el amor, sin el cual no puede haber transformación.

¹² Ef. 5: 32.

15. Cristo instituyó esta doble especie del pan y del vino ante todo para señalar aun más esta unión y comunión que hay en este sacramento, porque no hay comunión más íntima, más profunda y más inseparable que la unión de la vianda con el que es alimentado, puesto que la comida pasa y se transforma en la naturaleza, y se hace un solo ser con el del nutrido. Otras uniones, como las que se hacen por clavos, cola, cinta, etc., no forman un ser indivisible de las cosas unidas. De tal manera también nosotros somos unidos con Cristo en el sacramento e incorporados con todos los santos, de modo que él se preocupa por nosotros, haciendo y dejando por nosotros como si él fuera lo que somos nosotros y como si lo que nos toca a nosotros le concerniera a él aún más de lo que nos atañe a nosotros. Por otra parte, hemos de preocuparnos por él como si fuésemos lo que es él, lo cual finalmente sucederá también y seremos semejantes a él, como dice San Juan¹³: "Sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él". Tan profunda y completa es la comunión de Cristo y de todos los santos con nosotros. De esta manera lo atacan nuestros pecados, y a su vez, nos protege su justicia, puesto que la unión lo hace todo común al extremo de que él destruye totalmente el pecado en nosotros y nos hace semejantes a él en el Día del Juicio. De igual modo también nosotros hemos de unirnos con nuestros prójimos y ellos con nosotros por el mismo amor.

16. A más de todo esto instituyó esta doble especie no sencilla y simplemente, sino que dio su verdadera carne natural en el pan, y su verdadera sangre natural en el vino para que en toda forma diera un sacramento o signo perfecto. De la manera en que el pan se transforma en su verdadero cuerpo natural, y el vino en su verdadera sangre natural, también nosotros somos llevados y transmutados verdaderamente en el cuerpo espiritual, es decir, en la comunión de Cristo y de todos los santos, y mediante este sacramento se nos pone en todas las virtudes y en la gracia de Cristo y de sus santos. En este sentido hablamos arriba de un ciudadano que es puesto y transformado bajo la protección y la libertad de la ciudad y de toda la comunidad. Por ello, Cristo no instituyó una sola especie, sino con distinción, su carne bajo el pan y su sangre bajo el vino, para señalar que son nuestras no sólo su vida y sus buenas obras que él indica por la carne y realizó en ella, sino también su padecimiento y martirio que señala por su sangre y en los cuales la vertió. Nos incluyó en ellos para que disfrutemos de ellos y los usemos.

17. De todo esto se sigue que este santo sacramento no es otra cosa que un signo divino en el cual se promete, se da y se entrega a Cristo y a todos los santos, con todas sus obras, sus sufrimientos, méritos, gracias y bienes, para la consolación y el fortalecimiento de cuantos vivan en angustias y congoja, perseguidos por el diablo, los pecados, el mundo, la carne y todo mal, y recibir el sacramento, no es otra cosa que anhelar todo esto y creer firmemente que así sucederá.

Después viene la tercera parte del sacramento, es decir, la FE, que es donde estriba la fuerza. Pues no basta con saber qué es el sacramento y qué significa. No es suficiente que sepas que es una comunión y un generoso cambio, o amalgama de nuestros pecados y padecimientos con la justicia de Cristo y de sus santos; sino que has de anhelarlo también y creer firmemente que los has alcanzado. En esta oportunidad lucha el diablo y la naturaleza con el fin principal de no dejar subsistir la fe. Algunos ejercitan su arte y su sutilidad indagando dónde queda el pan cuando se transforma en la carne de Cristo, y el vino en su sangre, y también cómo en un pedacito de pan y un poco de vino puede estar contenido todo el Cristo, su carne y su sangre. No importa que no lo averigües tú. Basta con saber que es un signo divino, en el cual están incluidas verdaderamente la carne y la sangre de Cristo: dónde y cómo, encomiéndalo a él.

18. En este caso trata de ejercitar y fortalecer la fe para que, cuando estés triste o tus pecados te afecten, tomes el sacramento o asistas a misa de manera que anheles de todo corazón

¹³ 1ª Jn. 3:2.

este sacramento y. lo que significa, y. no dudes de que te sucederá lo que el sacramento anuncia. Esto es que debes estar seguro de que Cristo y todos los santos te asistirán con todas sus virtudes, padecimientos y gracias para vivir contigo, para actuar, dejar de actuar, sufrir y morir; y que quieren ser completamente tuyos y tener todas las cosas contigo en común. Si ejercitas y fortaleces esta fe, sentirás qué banquete de bodas alegre y opulento, y qué vida regalada te ha preparado tu Dios en el altar. Entonces comprenderás qué significa el gran banquete del rey Asuero¹⁴. Verás que es la boda para la cual Dios mató sus toros y animales cebados, como se dice en el Evangelio¹⁵ y tu corazón se volverá verdaderamente libre y seguro, fuerte y valiente contra todos los enemigos¹⁶. ¿Quién, pues, temería desgracia alguna estando seguro de que Cristo con todos sus santos está con él y tiene en común con él todas las cosas, sean malas o buenas? Leemos en Hechos 2 que los discípulos de Cristo partían el pan y comían con gran alegría de corazón. Como la obra es tan grande que la pequeñez de nuestras almas no puede anhelarla y menos aún esperarla o aguardarla, es necesario y bueno que uno tome el sacramento a menudo o que siempre ejercite tal fe y fortaleza cotidianamente en la misa. Esto es lo importante, y para ello el sacramento fue también instituido. Porque si dudas, infliges a Dios el agravio más grande, y lo consideras como mentiroso infiel. Si no puedes creer, ruega por ello, como se dice en el otro sermón.

19. Por ello, trata de entregarte también a cada cual para ser común con él y jamás apartarte de nadie con odio e ira, puesto que este sacramento de la comunión, del amor y de la unión, no tolerará desavenencia ni discordia. Has de tomar a pechos los defectos y necesidades de los demás como si fuesen tuyos, y debes ofrecer tu fortuna como si fuera de ellos, como lo hace Cristo contigo en el sacramento. Esto significa transformarse por el amor los unos en los otros; de muchas partes hacerse un pan y una bebida; perder su forma y tomar una forma común.

Por ello sucede que los calumniadores, los jueces perversos y menospreciados de los derechos ajenos recibirán la muerte en el sacramento, como dice San Pablo en 1. Cor. 11. No proceden con el prójimo como quieren ser tratados por Cristo y como señala el sacramento. Les envidian sus bienes; no tienen compasión con ellos, no se preocupan por ellos; no obstante, desean ser aceptados por Cristo. Después se enneguecen de modo tal que ya no saben cómo conducirse en este sacramento. Sólo temen al Cristo que está presente y lo veneran con sus oracioncillas y su devoción. Hecho esto creen haber cumplido, mientras Cristo dio su cuerpo para que se ejercitase el significado del sacramento de la comunión, y la transmutación por el amor apreciando menos su propio cuerpo natural que su cuerpo espiritual, es decir la comunión de sus santos¹⁷. A él le importa más, sobre todo en este sacramento, que se ejercite bien la fe en su comunión y en la de sus santos y se fortalezca en nosotros, y que conforme a ella, también practiquemos adecuadamente nuestra comunión. Esta intención, de Cristo no la notan los hombres y pasan los días celebrando- y oyendo misa con su devoción, mas no cambian para nada. Hasta día tras día se vuelven peores sin sentirlo.

Por eso presta tu atención. Más falta hace que te preocupes por el cuerpo espiritual de Cristo que por su cuerpo natural, y es más necesaria la fe en el cuerpo espiritual que en el cuerpo natural. Pues el cuerpo natural sin el espiritual no beneficia en este sacramento. Ha de producirse un cambio y ejercitarse por el amor.

¹⁴ Est. 1: 5 y sigs.

¹⁵ Mt. 22: 2 y sigs.

¹⁶ Sal. 23: 5.

¹⁷ 1 Co. 12: 12.

20. Hay muchos que no tomando en cuenta este intercambio del amor y la fe, fían en que la misa o el sacramento sea, como dicen, *opus gratum opere opéralo*, es decir, una obra que por sí misma place a Dios, aunque no le agraden los que la realizan. De ello concluyen que, no obstante, es bueno decir muchas misas, por indignamente que éstas se celebren, pues el daño sería para los que impropriamente la celebran o la usan. Dejo a cada cual su opinión, más semejantes fábulas no me gustan, puesto que hablando así, no hay criatura ni obra alguna que por sí misma no agrade a Dios, como está escrito en Gn. 1: "Dios vio todas sus obras y ellas le plugieron". ¿Qué beneficio resultará cuando se usa mal el pan, el vino, el oro y todo bien, aunque de por sí satisfagan a Dios? A ello seguirá condenación. Lo mismo sucede también aquí. Cuanto más noble es el sacramento tanto mayor será el daño que de su abuso resulta para toda la comunidad, porque no se instituyó a causa de él ni para que agrade a Dios sino en beneficio nuestro, para que lo usemos rectamente, ejercitemos en él la fe y por él agradeamos a Dios. Si sólo es *opus operatum* no causará sino daño en todas partes. Ha de tornarse en *opus operantis*. Así como el pan y el vino no producen más que perjuicio cuando uno no los usa —por mucho que de por sí mismo agraden a Dios— así no basta tampoco con que se celebre el sacramento. (Esto es *opus operatum*.) Debe usarse también en la fe (esto es *opus operantis*). Corremos el riesgo de que con tales glosas peligrosas se nos prive de la fuerza y virtud del sacramento y de que la fe se pierda del todo por la falsa seguridad del sacramento realizado.

Todo esto resulta del hecho de que en ese sacramento se fijan más en el cuerpo natural de Cristo que en la comunión, el cuerpo espiritual. Cristo en la cruz fue también obra realizada que plugo a Dios. Mas con esa misma obra tropezaron, los judíos hasta el día de hoy, por no hacer de ella obra utilizable en la fe. Por eso trata tú que el sacramento te sea *opus operantis*, es decir, obra utilizable, y que agrade a Dios; no por su esencia en sí, sino por tu fe y buen uso. También la Palabra divina es grata a Dios en sí misma; empero a mí me es dañosa cuando no le agrada a Dios también en mí. En fin, semejante garrulería de: *opus operatum*, *opus operantis*, son vanas palabras humanas; son más bien un obstáculo que un provecho. ¿Quién podría enumerar todos los terribles abusos y supersticiones que respecto a este dignísimo sacramento aumentan día tras día, y que en parte son tan espirituales y santos que casi podrían seducir a un ángel? Para expresarlo con brevedad, el que quiere conocer los abusos no tiene más que observar el uso arriba mencionado de este sacramento y la fe en él, a saber, que debe haber un alma triste y hambrienta que ansia de todo corazón el amor, el auxilio y el apoyo de toda la comunidad, de Cristo y de toda la cristiandad universal y no dudará de que los obtendrá en la fe. Después también compartirá el mismo amor con todos. Por tanto, quien no regula y ordena desde este punto de vista su oír o decir misa y su recibir el sacramento, yerra y no usa este sacramento para la salvación. Por ello, el mundo es azotado también por pestes, guerras y otras plagas horribles, porque con muchas misas estamos provocando más la ira de Dios.

21. Por ello, advertimos cuan necesario es el sacramento para los que sufren la muerte o incurren en otro peligro del cuerpo o del alma, a fin de que no queden solos y abandonados en el trance, sino que sean fortalecidos en la comunidad de Cristo y de todos los santos. Por eso, Cristo instituyó y dio este sacramento a sus discípulos en la postrera pena y en el último peligro. En vista de que todos estamos a diario circundados de toda suerte de peligros y finalmente tenemos que morir, amorosos y humildes hemos de dar gracias a Dios misericordioso con toda la fuerza, porque nos da tal signo clemente, por lo que nos conduce y lleva (si a él nos atenemos firmemente con la fe) por la muerte y todos los peligros a sí mismo, a Cristo y a todos los santos.

Por tanto, es también útil y necesario que el amor y la comunión de Cristo y de todos los santos se verifiquen oculta, invisible y espiritualmente y que se nos dé sólo un signo corporal, visible y externo de ellos, puesto que, cuando este amor, esta comunión y ayuda fuesen públicos

como la comunión temporal de los hombres, no seríamos fortalecidos ni ejercitados por ellos para confiar en los bienes invisibles y eternos, o para anhelarlos. Más bien nos habitaríamos a confiar solamente en bienes temporales y visibles y nos acostumbraríamos tanto a ellos que no quisiéramos abandonarlos y no seguiríamos más a Dios sino en cuanto antecederan cosas visibles y comprensibles. Esto nos impediría llegar jamás a Dios. Pues todas las cosas temporales y sensibles han de desaparecer y debemos del todo renunciar a ellas si hemos de llegar a Dios.

Por tanto, la misa y este sacramento son un signo en el que nos ejercitamos y nos acostumbramos a abandonar todo amor, auxilio y consuelo visibles, y a confiar en el amor, el auxilio y la ayuda invisibles de Cristo y de sus santos. Porque la muerte se lleva todas las cosas visibles y nos separa de los hombres y de los objetos temporales. Contra ella necesitamos la ayuda de las cosas invisibles y eternas, las cuales nos quedan indicadas en el sacramento y signo. Debemos apetecerlas en la fe hasta que las consigamos también sensible y públicamente.

De esta manera, el sacramento es para nosotros un vado, un puente, una puerta, una nave y unas andas en los cuales y por medio de los cuales pasamos de este mundo a la vida eterna. Por ello todo depende de la fe. El que no cree se parece al hombre que ha de cruzar el mar y es tan miedoso que no tiene confianza en la nave, y en consecuencia tiene que quedarse y no llega nunca a ser salvo, porque no se embarca y no quiere cruzar. Es consecuencia de la dependencia de los sentidos y de su fe no ejercitada, a la cual le resulta difícil el paso por el Jordán de la muerte. Y el diablo fomenta espantosamente esta actitud.

22. Esto lo señaló hace tiempo Josué capítulo III¹⁸. Los hijos de Israel habían pasado en seco por el Mar Rojo, lo cual significaba el bautismo. De la misma manera cruzaron también el Jordán. Pero los sacerdotes con el arca estaban en el Jordán. El agua río abajo descendió a la mar; el agua río arriba se levantó como una montaña, lo cual señala este sacramento. Los sacerdotes llevan y mantienen el arca en el Jordán, cuando nos predicán y nos dan ese sacramento otorgándonos a Cristo y la comunión de todos los santos en la muerte o en el peligro. Si, pues, creemos, las aguas río abajo se retiran, es decir, las cosas temporales y visibles no nos tocan sino que huyen de nosotros. Empero, las aguas río arriba se elevan en alto, es decir, las terribles tribulaciones e imágenes atormentadoras del otro mundo nos asustan como si quisieran precipitarse sobre nosotros. Mas si no hacemos caso de ellas y seguimos adelante con una fe firme llegamos en seco, sin sufrir daño, a la vida eterna.

Por tanto, hemos de retener que hay dos sacramentos principales en la iglesia: El bautismo y el pan. El bautismo nos conduce a una vida nueva en la tierra; el pan nos guía a través de la muerte a la vida eterna. Y los dos están representados por el Mar Rojo y el Jordán y por los dos países allende y aquende el Jordán. Por ello dijo el Señor en la Santa Cena¹⁹: "No beberé más de este vino, hasta cuando lo tenga que beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre". Con tanta firmeza quedó dispuesto y ordenado este sacramento para fortalecernos contra la muerte y para introducirnos a la vida eterna.

Por último, el fruto de este sacramento es comunión y amor que nos vigorizan contra la muerte y todo mal. De ese modo la comunión tiene dos aspectos: primero, disfrutamos de Cristo y de todos los santos; segundo, permitimos que también todos los cristianos disfruten de nosotros, en cuanto ellos y nosotros podamos. De tal manera el amor egoísta queda extirpado por este sacramento y entra un amor altruista hacia todos los hombres. En consecuencia, por la transmutación del amor, se forma un pan, una bebida, un cuerpo y una comunidad, es decir, una

¹⁸ Jos. 3: 16.

¹⁹ Mt. 20: 29.

verdadera unidad fraternal cristiana. Por ello, veremos ahora cómo las cofradías brillantes y pomposas que ahora abundan, se adaptan y se adecúan a esto.

Las cofradías

1. Examinaremos en primer término las malas prácticas de las cofradías. Una de ellas consiste en organizar un festín y borracheras.

Se manda celebrar una misa o varias. Después, todo el día y la noche y aún el día siguiente, se dedican al diablo: Ahí sólo se hace lo que desagrada a Dios. Semejante conducta delirante introdujo el espíritu maligno, haciéndola llamar cofradía. Más bien es un exceso y un comportamiento del todo pagano y hasta lujurioso. Sería mucho mejor que no hubiese cofradía alguna en el mundo que tolerar semejante abuso. Los señores seculares y las ciudades con los eclesiásticos deberían tratar de abolirlo, puesto que con ello se inflige gran oprobio a Dios, a los santos, y también a todos los cristianos. El servicio divino y los días de fiesta, se convierten así en escarnios para el diablo. Pues los días sagrados se han de festejar y santificar con buenas obras, y la cofradía debería ser una asociación especial para realizar buenas obras. Pero ha degenerado en la colección de dinero para la cerveza. ¿Qué tienen que ver con tu cofradía los nombres de Nuestra Señora, de Santa Ana, de San Sebastián o de otros santos si allí no hay más que el comer, beber, despilfarrar dinero, vociferar, gritar, charlar, bailar y perder tiempo? Ni siquiera una marrana permitiría que la nombrasen patrona de semejante cofradía. ¿Por qué se les tienta tanto a los amados santos que hasta se llegue a abusar de su nombre para tales ignominias y pecados, y se deshonne y blasfeme su cofradía con tan malos hechos? ¡Guay de los que lo hagan y lo admitan!

2. Si se quiere mantener una cofradía, debería reunirse dinero y alimentarse una mesa o dos de gente pobre, y atenderla por amor de Dios. Sería menester ayunar el día anterior y mantenerse sobrio durante la fiesta, y pasar el tiempo con oraciones y otras buenas obras. De esta manera serían honrados rectamente Dios y sus santos. También resultaría de ello perfeccionamiento y se daría un buen ejemplo a los demás. O bien se debería juntar el dinero que se quiera gastar en bebidas y ponerlo en una caja común, cada gremio lo suyo. De este modo, en caso de necesidad se podría facilitar dinero a un artesano del mismo gremio para ayudarlo y prestárselo. También de este tesoro común podría proveerse de ajuar honrosamente a una pareja joven del mismo oficio. Éstas serían verdaderas obras fraternales que harían la cofradía agradable a Dios y a sus santos, y éstos serían con gusto sus patronos. Mas cuando no quieren proceder así y se continúa con los viejos abusos, exórtalos que no lo hagan en el día de los santos ni tampoco bajo su nombre o el de la cofradía. Que elijan otro día laborable dejando en paz el nombre de los santos y de su cofradía para que no los castiguen con un milagro punitivo. Si bien ningún día puede pasarse sin deshonra con semejantes abusos, no obstante, se debería respetar más el nombre de las fiestas y de los santos, puesto que tales cofradías se llaman cofradías de los santos, aunque bajo este nombre verifiquen obras del diablo.

3. Hay otra mala costumbre en las cofradías: se trata de una maldad espiritual, de una opinión falsa: creen que su cofradía no debería beneficiar a nadie sino sólo a ellos mismos que están anotados entre el número y en el registro o contribuyen para la cofradía. Esta maldita opinión pernicioso es aun peor que la primera maldad y es una causa por la cual Dios permite que las cofradías se transformen en tal escarnio de Dios y agravio a él con el comer y beber en demasía, etc. Con esto aprenden a buscar solamente lo suyo, a amarse a sí mismos, a preocuparse sería y solamente de su persona, a no atender a los demás, a creerse mejores que los demás y a

atribuirse más privilegios ante Dios en comparación a sus semejantes. De esa manera se pierden la comunión de los santos, la caridad cristiana y la verdadera fraternidad instituida en el santo sacramento; se acrecienta en ellos el amor egoísta. Esto significa: con tantas cofradías que fían en las buenas obras exteriores, se oponen a la única, interior, espiritual y esencial comunidad de toda santa cofradía.

Cuando Dios ve el proceder perverso él a su vez lo pervierte, como se dice en el salmo 17: "Con los perversos te muestras tortuoso". Dios lo dispone de modo que con las cofradías se expongan a las burlas y se escarnezan. Los rechaza de la común cofradía de los santos, a la que ellos se oponen sin colaborar con ella, arrojándolos a su cofradía glotona, borracha y deshonesta para que encuentren lo suyo los que no han buscado y anhelado más que lo propio. No obstante, los enceguece para que no adviertan semejante abuso y deshonra y cohonesten tal torpeza con el nombre de los santos, como si todo esto estuviera bien hecho. Además deja caer a algunos tan profundamente en el abismo que so vanaglorian en público diciendo que no serán condenados los que pertenezcan a su cofradía, como si el bautismo y el sacramento instituidos por Dios fueran más insignificantes e inciertos que lo que ellos elucubraron en sus mentes ciegas. De esta manera Dios ha de infamar y enceguecer a los que agravian, e injurian sus fiestas, su nombre y sus santos en perjuicio de la común cofradía cristiana emanada de las heridas de Cristo, dedicándose a sus locas torpezas y el cochino uso de sus cofradías.

4. Por tanto, para aprender un recto concepto y uso de las cofradías, es menester saber y conocer la verdadera distinción entre ellas. La primera es la divina, la celestial, la más noble que supera a todas las demás como el oro sobrepaja el cobre y el plomo. Es la comunión de todos los santos sobre la cual se ha tratado arriba. En ella todos somos hermanos y hermanas. Es tan íntima que no puede imaginarse otra más estrecha, puesto que en ella hay un mismo bautismo, un Cristo, un sacramento, una comida, un evangelio, una fe, un espíritu, un cuerpo espiritual, y cada cual es miembro del otro. No hay otra cofradía alguna que sea tan profunda y tan íntima. Aunque la cofradía natural es una carne, una sangre, una herencia y una casa, debe, no obstante, dividirse y mezclarse con otra sangre y herencia.

Las cofradías partidarias tienen un registro, una misa; la misma clase de buenas obras, el mismo aniversario, la misma cuota de socio y como acontece actualmente la misma cerveza, la misma comilona y borrachera. Y ninguna es tan profunda como para originar un solo espíritu, pues eso sólo lo hace la cofradía de Cristo. Por ello, cuanto más grande común y amplia es, tanto mejor será. Todas las demás cofradías deben ordenarse de manera que siempre tengan a la vista la primera más noble. Sólo le tendrán estima a ella y con todas sus obras no buscarán lo propio, sino que las realizan por amor de Dios y con el objeto de rogarle que conserve tal comunión cristiana y cofradía, y la mejore día en día. En consecuencia, allí donde se funda una cofradía ha de organizarse de modo que redunde en beneficio de otros hombres, para hacer algo extraordinario por la cristiandad con oraciones, ayunos, limosnas y buenas obras. No buscarán su utilidad y remuneración; tampoco rechazarán a nadie, sino como siervos libres servirán a toda la comunidad de la cristiandad.

Donde existe, tal intención recta, también Dios, por su parte, establecerá un orden adecuado para que las cofradías no se arruinen con glotonerías. Ahí seguirá la bendición de formar un tesoro común para ayudar también exteriormente a otros hombres. En este caso, la obra espiritual y la corporal de las cofradías se desenvolverían dentro de su recto orden. Y si alguien no acatare este reglamento de su cofradía, lo exhortaré a que la abandone, dejando en paz a la cofradía puesto que ella lo dañará en cuerpo y alma.

Pero si dices: si no obtengo nada especial en la cofradía, ¿para qué me sirve? Contesto: si buscas algo especial ¿para qué sirve la cofradía o la hermandad femenina en tu afán de

conseguirlo? Sirve tú con esto a la comunidad y a otra gente, como suele hacer la naturaleza del amor, y ya hallarás el premio del mismo amor sin que lo busques o ansíes. Pero si te parece exiguo el servicio y premio del amor, ello es signo de que tienes una cofradía mal entendida. El amor sirve libre y gratuitamente. Por ello, también Dios, a su vez le da todo lo bueno libremente y de balde. Como todas las cosas deben realizarse en el amor, si queremos que agraden a Dios, también en la cofradía ha de reinar el espíritu del amor. Empero, lo que se lleva a cabo en amor tiene por esencia no buscar lo suyo ni su provecho, sino el de los demás y preferentemente el de la comunidad.

5. Volvamos al sacramento. Ahora la comunión cristiana se encuentra en una situación tan mala como jamás ha estado. Día tras día decrece, más principalmente en los superiores. Todos los lugares están llenos de pecado e ignominia. Por ello, no te fíjes en cuántas misas se celebran y cuántas veces se administra el sacramento, pues es por esto que las cesas más bien empeoran que mejoran. Observa cuánto tú y otros aumentáis en la significación de este sacramento y en la fe en él. En eso consiste todo el perfeccionamiento. Y cuanto más te halles incorporado en la comunidad de Cristo y de sus santos, tanto mejor será tu situación, es decir, tanto más encontrarás que estás aumentando en la confianza en Cristo y en sus amados santos, de modo que estarás seguro de que te aman y te ayudan en todas las necesidades de la vida y de la muerte. Por otra parte, debes condolerte de corazón del decrecimiento y de la apostasía de todos los cristianos y de toda la comunidad en cada uno de los cristianos. Tu amor será común a cada cual; con gusto ayudarás a todos; no odiarás a nadie, te compadecerás de todos y rogarás por ellos. Mira, así anda bien la obra del sacramento. Muchas veces lloraos, clamarás y te afligirás por el mísero estado de la cristiandad actual. Mas si no hallares en ti semejante confianza en Cristo y en sus santos y no te afectare ni conmoviere la miseria de la cristiandad y de cada uno de los prójimos, cuídate de otras buenas obras, puesto que en este caso pensarás que eres bueno y serás salvo. De seguro será mera apariencia, simulación y engaño, porque carecerás del amor y de la comunión sin los cuales no hay nada de bueno. Pues, summa summarum, plenitudo legis est dilectio, el amor cumple todos los mandamientos. Amén.

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 13 DE MARZO DE 2006.